

dos es la que mantiene en el amor la verdadera fidelidad; esta primavera del alma es la que enciende el amor; toda relación—legítima o libre—llega a cansar a la larga, y no deja tras de sí más que disgustos, si sólo fué su causa y esencia una pasión sensual y no un sentimiento de profunda y simpática atracción de los cuerpos y de las almas a un mismo tiempo.

La responsabilidad de los padres hacia los hijos será tanto mayor y más grave, cuanto la sociedad se vea más obligada a impedir todo dolor inocente e inútil.

La moral del porvenir no querrá sacrificar a la integridad de la familia los llamados «bastardos», muy a menudo ricamente dotados por la naturaleza, pero víctimas de leyes injustas, que les convierten a la fuerza en bastardos y rechazados, llenos de odio y de ira contra la sociedad de cuyas teorías son víctimas.

¡Cuántos infanticidios, cuántos delitos son causados por las falsas interpretaciones de las leyes morales! Y sin embargo, aun éstas son consecuencias menos funestas, que aquellas otras que la misma sociedad sufre por culpa de sus hijos ilegítimos, que perecen sino física por lo menos moralmente; criaturas con las cuales no tan sólo la sociedad pierde fuerzas útiles sino que desarrolla fuerzas deletéreas.

Cuando Europa entera se estremeció indignada por el asesinato de la Emperatriz de Austria, para mí la cosa más dolorosa y más terrible fué la confesión del asesino: «¡No he conocido a mis padres!»

Llegará el día en que cada hijo sea sagrado, sea cual fuere el sentimiento que unió a sus padres; llegará tiempo en que toda maternidad será sagrada, y si nació de un amor verdadero, será maternidad verdadera y sentida.

El hijo de padres sanos y amantes, educado con austera ternura, será legítimo aun cuando fuese engendrado por una unión libre. Y será bastardo el hijo nacido de un matrimonio sin amor, purgando herencias funestas, aunque sus padres hayan sido casados por el mismo Papa en la iglesia de San Pedro. El desprecio no caerá sobre la madre cariñosa, aunque no sea casada, de una floreciente prole, sino sobre la madre, legítima o natural, de una criatura degenerada por culpa de sus antepasados.

Nietzsche—que sabe poco del amor, porque apenas sabe nada de la mujer y por lo tanto ha escrito muy poco sobre este asunto—ha dicho acerca de la paternidad, palabras más profundas que cualquier otro escritor contemporáneo. Ha visto las miserias y las culpas del matrimonio, las deficiencias y fracasos de la educación, y con la voz del poeta y del profeta ha descrito la esencia y el fin de la paternidad:

«Quiero que tu victoria y tu libertad suspiren por un hijo. Eleva un monumento viviente a tu victoria y a tu liberación».

«Debes construir algo más que tu sola persona. Pero hace falta ante todo que te hayas construido a tí mismo, recto de alma y cuerpo».

«¡No tan sólo debes reproducirte sino mejorarte! ¡Y a ello te ayudará el jardín del matrimonio!»

«Debes crear un cuerpo superior, un primer móvil, una rueda que parta espontánea—debes crear un Creador».

«Llamo matrimonio de dos seres a la voluntad concorde de crear un tercero superior a ellos. Y llamo matrimonio la veneración recíproca de los dos que coinciden en tal voluntad».

Ellen Key

Del libro *El Siglo de los Niños*.

La voz de la Abuelita

I

Por el inmenso patio
lleno de cosas vivas,
—flores, alas y lumbre—
corretean las niñas.

Aquella, aleteando
con ambas manos rítmicas,
sobre el cordel en comba
que azota el suelo, brinca.

Esta persigue; la otra
se escapa; corren listas;
y cuando la una alcanza,
vuelve la fugitiva
sesgando el torso frágil:
el sesgo se diría
de un cuello de paloma
que su plumaje alisa.

Ya una rama es columpio
Se encaraman las chicas